

hubo problemas económicos, aunque aparecieron pronto por cuenta del arzobispado, remiso a atender sus pagos. El plan fue también víctima, como dijera el liberal Joaquín Lorenzo Villanueva, «de los tiros de la enfurecida ignorancia». No fue un buen ingreso en el siglo XIX.

La educación elemental y secundaria en la ciudad de Valencia en el siglo XVIII

[TELESFORO M. HERNÁNDEZ –UVEG–]

La enseñanza, desde el Renacimiento, ha sido siempre un tema abierto y polémico, cargado de rémoras y de ilusiones. En el siglo XVIII se puso énfasis en nuevos sistemas pedagógicos atendiendo a niños y jóvenes cuya formación debía integrar letras y virtud para servir a la Iglesia y al Estado. Ideas que, en mayor o menor grado, recogieron primero los jesuitas y luego los escolapios que, como clérigos, insistieron más en la religión que en la ciencia. El niño fue mirado como persona educanda, en cuyas manos se ponía el futuro. No obstante los buenos deseos, la realidad fue dura y cruel. Los testimonios contemporáneos hablan de castigos severos, de ausencia de métodos pedagógicos, de comportamientos airados de los maestros, de escasez de medios, de salarios de hambre, de ignorancia y de falta de reconocimiento social del maestro. A pesar de todo hubo buenos educadores y proyectos que, desde diversos campos (gubernamental, clerical y laico), se preocuparon por una educación cada vez mejor y más amplia que chocaba con el elitismo del Antiguo Régimen.

La situación en Valencia fue similar a la de otros lugares, tanto en las primeras letras (leer, contar y escribir) como en la enseñanza secundaria (gramática latina, retórica y poesía).

Valencia contó con 10 escuelas de primeras letras repartidas por los barrios más importantes de la ciudad que, por lo general, carecían de dotación y se mantenían gracias a las propinas, limosnas o donaciones de instituciones religiosas o civiles. En casos contados tenían rentas propias para pagar la manutención del maestro (la escuela de San Bartolomé). Los locales no reunían buenas condiciones ni poseían el material escolar adecuado. Los libros eran escasos y el número de alumnos solía ser excesivo para un solo maestro, que podía contar con la ayuda de un pasante. Según los análisis más críticos, la mayor parte de los maestros recibían sus credenciales para enseñar del municipio o del arzobispo y sólo un escaso número tenían nombramiento real que expedía la hermandad de San Casiano por pragmática de Felipe IV hasta 1780. El alumnado que acudía a las escuelas solía ser de extracción humilde. La adquisición de conocimientos era muy básica, en general.

La situación valenciana cambió bastante con la llegada de los escolapios, gracias al interés del conde de Carlet, y la apertura del colegio de San Joaquín en febrero de 1738. Sus cuatro clases albergaron enseguida a unos 500 alumnos que se duplicaron en cuestión de meses, alcanzando la cifra de 1.100. El hecho provocó la protesta de los maestros de leer, escribir y contar que elevaron un memorial a la ciudad que les había nombrado tras superar los correspondientes exámenes. Suplicaban que no se permitiese abrir más aulas a los padres de las Escuelas Pías para evitar su propia ruina. El memorial fue bien visto por los jesuitas, que tenían también la presumible competencia escolapia en la enseñanza de la gramática latina. Sus aulas recogie-

La Real Casa de la Enseñanza y Colegio de Educandas, erigida en 1763 por el arzobispo Mayoral, acogió como internas a niñas de familias acomodadas a las que se les impartía una educación esmerada, pero de acuerdo con los parámetros propios de la época. Además de las labores femeninas aprendían urbanidad, danza y cultura general. La Real Casa admitía también niñas pobres como externas.

Casa de la Enseñanza, fundada por el arzobispo Mayoral en 1763.
Foto: Luis Calvente.





Fachada de las Escuelas Pías en la calle Carniceros.
Foto: Luis Calvente.



ron toda clase de niños, contribuyeron de forma eficaz a la integración de grupos sociales distintos y aplicaron una pedagogía más comprensiva que punitiva. En este proyecto se incluyó el Seminario Andresiano de Nobles, inaugurado en 1763 con gran despliegue propagandístico frente al Seminario de Nobles regentado por los jesuitas, gracias al mecenazgo del arzobispo Andrés Mayoral. En sus aulas se formaron hijos de la nobleza y de la burguesía, abarcando la enseñanza de las primeras letras, gramática y materias diversas adaptadas a la condición social de los alumnos.

Si escasa fue la formación de los niños que acudían a las escuelas públicas, peor lo tuvieron las niñas, cuya función social quedaba restringida al ámbito familiar y a las tareas propias de su sexo. Los centros femeninos eran escasos y distintos entre sí. En 1711 los jesuitas crearon el Colegio Refugio para recoger a las niñas huérfanas por causa de la guerra, huidas de Xàtiva y preferentemente hijas de militares. El Real Colegio de San Vicente daba acogida a huérfanos de ambos sexos, a los que educaba por separado y de forma diferente; a los niños se les impartía piedad y letras, a las niñas las labores propias de su sexo y el santo temor de Dios. La Casa de la Misericordia funcionaba como asilo de pobres y desamparados. Sólo la Real Casa de la Enseñanza y Colegio de Educandas, erigida en 1763 por el arzobispo Mayoral, acogió como internas a niñas de familias acomodadas a las que se les impartía una educación más esmerada, pero de acuerdo con los parámetros propios de la época. Además de las labores femeninas aprendían urbanidad, danza y cultura general. La Real Casa admitía también niñas pobres como externas.

Al margen de estos centros, las niñas acudían a casas de maestras sin título alguno que enseñaban labores de coser, bordar y hacer punto de media en sus diversas modalidades. El control era escaso y, en general, las niñas, también los niños, eran objeto de un adoctrinamiento religioso-moral acorde con el papel omnipresente de la Iglesia y el mantenimiento del orden social. La enseñanza-aprendizaje de la doctrina cristiana era la tarea más importante. En este sentido, la mujer se convertía en transmisora doméstica y social de los valores religiosos.

La enseñanza secundaria o estudio de la gramática, retórica y poesía, a principios del siglo XVIII, dependía de la universidad, del cabildo catedralicio, del colegio de los jesuitas y de algunos maestros particulares hasta que los padres escolapios la incluyeron en su colegio de la calle Carniceros. La situación se complicó cuando en 1720 la ciudad adjudicó las aulas de la universidad a los jesuitas. La Concordia de 1728 encespó los ánimos entre las autoridades universitarias y la Compañía de Jesús que, apoyada por regidores municipales, denunció al *Estudi General* y la reciente intromisión de los escolapios en este escalón de la enseñanza (1740), consiguiendo de Felipe V el monopolio de la gramática en la ciudad de Valencia en 1741. Tanto la universidad como las Escuelas Pías recurrieron la sentencia mientras continuaron con sus aulas abiertas hasta que Fernando VI dio la razón a los jesuitas. Fueron constantes las luchas callejeras entre alumnos de uno y otro colegio y abundaron los panfletos esparcidos por la ciudad al tiempo que las autoridades locales, partidarias de uno u otro bando, trasladaban a la corte sus posiciones. Los intelectuales valencianos, por su parte, criticaron la decisión real que favorecía a los jesuitas gracias al poder que tenían en la corte y a sus redes de influencia.

Los jesuitas vencieron pero no convencieron y, desde diversos ámbitos, se criticó el método jesuítico, *Ratio Studiorum*, que había quedado envejecido y necesitaba renovarse y apostar por las lenguas vernáculas y por las nuevas orientaciones científicas. Objeto de crítica fueron los certámenes

Tras la expulsión de los jesuitas, la política del gobierno derivó hacia una mayor centralización y secularización de la enseñanza, al menos teóricamente. El primer experimento se llevó a cabo en el colegio de los jesuitas, que pasó a llamarse Real Seminario de Nobles Educandos, y para el que Andrés Gómez de la Vega nombró rector interino al canónigo Joaquín Segarra, emparentado con Pérez Bayer.

Colegio jesuita de San Pablo, actualmente IES Luis Vives.



literarios que actuaron como elemento propagandístico del buen hacer de la Compañía. A pesar de todo, los padres jesuitas mantuvieron su uniformidad en la enseñanza intentando unir letras y virtud, aunque alejada ya de los primeros momentos de su fundación.

Los escolapios aprovecharon la llegada de Carlos III al trono de España para reivindicar sus derechos a enseñar gramática en sus colegios de la provincia de Aragón. El rey, poco inclinado a los jesuitas, ordenaba el 7 de mayo de 1760 que los padres de las Escuelas Pías pudieran abrir sus aulas de gramática. Se inauguraba una nueva etapa, pero la rivalidad de jesuitas con escolapios y universidad se mantuvo hasta la expulsión de aquéllos en abril de 1767. Las Escuelas Pías aumentaron su poder y popularidad como institución dedicada a la enseñanza en la línea deseada por el gobierno, mientras la universidad no conseguía recuperar las aulas de gramática hasta 1774. Fueron tiempos turbulentos y de enfrentamientos judiciales y dialécticos por el control de la enseñanza.

Tras la expulsión de los jesuitas, la política del gobierno derivó hacia una mayor centralización y secularización de la enseñanza, al menos teóricamente. El primer experimento se llevó a cabo en el colegio de los jesuitas, que pasó a llamarse Real Seminario de Nobles Educandos, y para el que Andrés Gómez de la Vega nombró rector interino al canónigo Joaquín Segarra, emparentado con Pérez Bayer. Segarra nombró algunos maestros seculares, incorporó la enseñanza primaria y preparó un nuevo plan de estudios, pero abundaron los problemas internos, las denuncias y el abandono de los alumnos que pasaban a las aulas de los escolapios. Gregorio Mayans fue muy crítico con Segarra y con quienes le protegían, como puede leerse en sus diversas correspondencias. La intervención del Consejo evitó el cierre del centro y en 1772 fue nombrado rector Domingo Moricó que impulsó la institución con un nuevo plan de estudios actualizado en las ciencias experimentales y en las humanidades.

Los escolapios gozaron de gran prestigio y colaboraron con las directrices del gobierno. En 1781 la audiencia de Valencia hacía llegar al provincial, José Jericó, una propuesta de la Sociedad Económica de Amigos del País, de

acuerdo a un *Plan de Escuelas* para Valencia y sus arrabales, para que la orden se hiciese cargo de las escuelas de la ciudad. Contaba con el respaldo del arzobispo Fabián y Fuero y se puede confirmar la mano del padre Felíu en su redacción. La respuesta del padre Jericó en 1782 fue positiva, pero el Consejo temió el monopolio escolapio, como antes el jesuítico, y no aprobó el plan que era ambicioso en su vertiente didáctica y económica. La preocupación por solucionar los problemas educativos era general, y los escolapios estaban dispuestos a asumir la enseñanza pública valenciana a cambio de un salario. En una línea regalista pretendían hacer de las Escuelas Pías una institución útil al Estado, de los escolapios súbditos de hombres sabios y amantes de la patria y sus colegios independientes unos de otros. En 1779 se habían hecho cargo de las escuelas de San Camilo de forma gratuita.

La Sociedad Económica hacía público un informe en 1807 firmado por el marqués de Valera y otros. La educación se convertía en verdadera obsesión y mientras alababa el plan de Godoy señalaba los defectos valencianos, como la despreocupación de padres y ayuntamientos, la falta de aulas y de maestros y la escasez de conocimientos. Criticaba la enseñanza maquinales incapaz de convencer al entendimiento, la manía de enseñar la gramática latina descuidando la lengua vulgar y los malos maestros.

POBLACIÓN ESCOLAR DE LA CIUDAD DE VALENCIA EN EL SIGLO XVIII

(Edades comprendidas entre 7 y 16 años)

	1716	1727	1766	1787
Varones	2.400	2.877	3.700	5.109
Hembras	2.077	2.554	3.545	4.968
TOTALES	4.472	5.411	7.245	10.077

Fuente: T.M. Hernández y V. León Navarro, (1998), p. 318



El volumen alcanzado en Valencia por la impresión de pliegos de cordel a mediados del XVIII era tan notorio, que el control sobre su venta se convirtió en un apetecible negocio. Así, la cofradía de ciegos oracioneros existente en la ciudad desde 1329 y que hasta entonces había tenido el rezo de oraciones como su oficio principal, inició en 1748 un proceso judicial para defender el monopolio sobre la venta de pliegos sueltos que pretendían haber obtenido de Fernando VI.

Ciegos en la puerta de la Seo, grabado de Gustave Doré, en *Voyage en Espagne* de Ch. Davillier y G. Doré.

La transmisión de la cultura popular

[JUAN GOMIS COLOMA –UVEG–]

Es bien conocido el lugar destacado que ocupa la ciudad de Valencia en la temprana introducción y desarrollo de la imprenta de la mano de los comerciantes alemanes Jacobo y Felipe Vizlant, así como de los maestros Lambert Palmart y Alfonso Fernández de Córdoba, cuyos talleres muestran el dinamismo tipográfico que conoció la ciudad ya en la década de 1470. El siglo XVI nos lega nombres de insignes impresores que desarrollaron su labor en Valencia: Juan Rosenbach, Pedro Hagenbach, Juan Mey, Joan Jofre, Juan Navarro, Jorge Costilla... (BERGER, 1987).

Además de los orlados y costosos volúmenes, de ardua y esmerada elaboración, todos estos impresores recurrieron a la impresión masiva de hojas volantes y folletos, las llamadas *menudencias de imprenta*. La rápida producción y el bajo coste de estos papeles menudos los convirtieron desde bien pronto en un medio recurrente empleado por los talleres para sortear la quiebra, amenaza constante debido a las penurias inherentes a los negocios tipográficos, sobre todo en los primeros tiempos. Las menudencias requerían tan sólo una pequeña inversión y ofrecían una rentabilidad considerable, al facilitar su bajo precio la venta de numerosos ejemplares. Dentro del